

# En Labra, evocando a don Sebastián

Adeflor

Cuando a Labra subimos, de vuelta de Igena, era noche cerrada. Las callejuelas cuestudas y llenas de guijarros que nos hacían balancear sólo tenían la luz que les prestaba un cuarto escaso de luna. A aquella hora no era posible darnos cuentas de nada, más que de la hermosura y amplitud excepcionales del corredor, de leves y esbeltas columnas, sin ventanas, a pleno aire, de la casa solariega donde nos fue servida la merienda confortadora, salpimentada con el amigable escaqueo de algunos excursionistas. Como la hora no era, pues, propicia, prometimos volver de día a visitar el pueblo y especialmente la casona. Así lo hicimos una tarde, cuando regresábamos de Potes y Arenas de Cabrales, de contemplar los macizos oriental y central de los Picos de Europa, excursión inolvidable, cuyo relato haremos en sucesivas crónicas durante la próxima semana. Desde Corao, a los pocos metros de tomar la carretera desde ese punto a Cuevas del Mar, hay un camino a la derecha que sirve especialmente la casa solariega de los Soto Posada en Labra, hoy Pendás Cortés, su descendiente. Va por debajo de la otra carretera, y luego en ruta ascensional de curvas atrevidísimas, marcha haciendo caprichosos serpenteos, monte arriba, entre grata floresta. ¡Qué parque más bello se podía hacer allí! Como un telón de fondo que fuera saliendo por escotillón así va apareciendo el paisaje del valle y de las cordilleras lejanas, blanqueando en lontananza, enhiestas y vibrantes, las Peñas Santas. A medida que el auto escala, se va extendiendo más y más el panorama, y cuando hacemos alto en la casa solariega, ya el magnífico telón adquiere toda su magnitud esplendorosa. ¡Qué bien sabían colocar sus palacios estos grandes señores del buen gusto, exquisitos “gourmets” ante el plato inmenso de la Naturaleza, pródiga aquí en manjares para alimentar el alma! Y dando la espalda al paisaje, hemos vuelto el rostro a esta casona antigua, de traza severa que lo mismo puede ser de la XIV que de la XVI centuria. Dos cuerpos recios y a la par nobles y sencillos, ostentando los escudos de la estirpe, están unidos por una galería o corredor de inusitadas longitud y anchura. Es un corredor de encanto, un enorme balcón sin ventanas, frente al más bello y extenso regalo para los ojos. Atalaya más encantadora no se concibe, y si miramos a lo que diríamos bastidores de esta enorme decoración, hallaremos en ellos nuevos encantos. La casona tiene tal fuerza ancestral, tal vigor de señorío, que las edificaciones modernas para las cuadras y gallineros, hechas en la parte trasera, y la iglesia de nueva planta recién levantada a un lado, no son capaces de amenguar ni estorbar el puro estilo del Palace. En él nos acoge afectuosamente el culto letrado don Francisco, amable sin afectación, que nos muestra todas las dependencias de la casa, que es un verdadero museo. El zaguán, con estatuas bizantinas, bancos dieciochescos afilegranados, tablas primorosas de arcas, y cadenas antiguas de las que, tocadas, brindaban asilo al delincuente huido, ya predispone a la admiración y a la curiosidad. El piso principal, al que se asciende por ancha escalera de maderas eternas, contiene en varias estancias muebles primorosos antiguos conservados con esmero, cornucopias, bronce, arcas y bargueños que incitan al hurto. En el ala derecha está el salón-museo, lleno de objetos preciosos y raros en vitrinas ordenadas. Hay colecciones magníficas de monedas y joyas, y en habitación adyacente dentro de armario artístico y enorme se guardan coronas carlovingias y modernas, y muchos tesoros en oro, plata y nácar. Un magnífico Cristo de marfil, de mérito incalculable, ha tenido suspensa nuestra atención por mucho tiempo. Imposible en una descripción alada dar idea de lo mucho y bueno que allí se exhibe y guarda. En todo flota el espíritu delicado, acuciado por las Bellas Artes, la Arqueología y la Numismática, de don Sebastián Soto Posada, tan familiarizado con los gijoneses, que le tuvimos por huésped muchos años, constituyendo una figura singular, sobre todo ecuestre, pues era un caballista formidable. En nuestra infancia y aún en nuestra primera juventud, cuando veíamos a pie a don Sebastián, con su látigo en la mano, azotando sus leguis, se nos antojaba incompleto. Don Sebastián sin ir a caballo, no nos parecía don Sebastián. Al vernos ahora en su casa solariega, llena de su alma exquisita, evocamos su continente rancio, y la contemplar en la iglesia cercana el sepulcro magno y severo que guarda sus restos y los de sus antecesores y coetáneos familiares acrece en nosotros el recuerdo respetuoso. Y después de gozar en el abierto señorial corredor del regalo del paisaje solemne, amplio, coronado al lejano fondo por las cumbres del macizo occidental de los Picos de Europa, siempre atendidos por el ahora señor de la casa, que ha heredado también la delicadeza espiritual de

sus mayores, descendemos por la carretera especial y primorosa de la casa solariega, impregnada nuestra alma de ese ambiente sutil de lo pretérito, y de gratitud por la gentileza de quien nos acogió con esa sencilla hospitalidad clásica española.

ADEFLOR (seudónimo del periodista gijonés Alfredo García García), “En Labra, evocando a don Sebastián”, artículo publicado en *El Comercio* de Gijón, reproducido en el semanario *El Popular*, Cangas de Onís, 18 de noviembre de 1926, año VII, núm. 288, pp. 1-2.